que la fuerza en acción no va siempre del moribundo al que la percibe, sino más bien del que sueña al moribundo, lo que se asemeja á una visión á distancia.

Los casos VIII (la abuela que lleva á sus nietos por un prado), XI (hermano que muere en San Petersburgo con sus hijos arrodillados al rededor de la cama), XII (cortejo mortuario), XV (muerte de un perro), XVII (niño que muere en un edredón rojo), XX (cinco ataúdes), XXI (muerte de Carnot), XXXIX (vista del entierro de una joven, de Cartagena á Nantes), XLVI (el general Cossigny que se cae por la escalera), XLVIII (herida en el hombro derecho), LV (tiro de revólver en la mano), LVI (alumno que ve al hermano del profesor con un tiro en la cabeza), LXIV (el general Serrano que anuncia la muerte del rey), LXVII (vieja que ve morir un cura), etc, confirman aquella impresión. Aquí parece que el espíitu del que dormía ha *visto*, *percibido*, *sentido*, cosas que sucedían lejos.

Ese estudio de *la vista á distancia*, *en sueños*, será objeto de nuestro próximo capítulo.

Pero los 70 casos que hemos consignado y que confirman, bajo otro aspecto, las manifestaciones de moribundos expuestas en el otro volumen, son para nosotros otros tantos documentos absolutamente demostrativos. Para nosotros esos fenómenos psíquicos son ciertos é incontestables y deben constituir de hoy más una nueva rama de la ciencia.

II.

LA VISTA Á DISTANCIA, EN SUEÑOS, DE LOS HECHOS ACTUALES.

Según los ejemplos que acabamos de consignar, parece, en efecto, que en ciertos sueños se ve lo que sucede á distancia. Vamos á continuar aquí este examen con el de otros casos especiales observados y relatados con gran cuidado, sin volver á hablar de las manifestaciones de moribundos que tenemos de hoy más por absolutamente demostradas en el tomo primero.

Además, en estos ejemplos de vista á distancia en sueños no nos ocuparemos más que de la vista de sucesos presentes y actuales, pues en nuestra clasificación metódica reservamos la adivinación del porvenir para el capítulo siguiente, que será el último de este volumen.

También dejamos para después la vista á distancia en estado de vigilia, así como el análisis de los *presentimientos*. Estas distinciones son enteramente necesarias para nuestras investigaciones y nos ayudarán á no aceptar ni admitir sino lo que está suficientemente probado y para que lleguemos en seguida á las explicaciones si es posible.

Estas cuestiones son objeto de mis estudios hace

muchos años. En febrero de 1889 publiqué en *el Voltaire* el sueño siguiente que me fué comunicado por mi amigo P. Conil.

I. — En 1844 estaba yo en séptimo año en el liceo de Saint-Louis, y por entonces, uno de mis tíos, Joseph Conil, juez de instrucción en la isla Borbón (hoy de la Reunión), vino á París para consultar á las celebridades médicas de aquel tiempo sobre un tumor que se le presentó en el cuello y que le había invadido la mejilla y parte de la cabeza.

Mi tío quería que le operasen, pero Velpeau se opuso y dijo á mi padre que sin operación el enfermo viviría un año ó quince meses; pero que si se le operaba, se quedaría entre las manos de los cirujanos.

Mi pobre tío ignoró siempre aquel diagnóstico y todos los días se inventaban nuevos pretextos para retardar la operación.

Un domingo en que salí del liceo, encontré á mi tío más afectuoso que de costumbre y cuando me separé de él me dijo :

« Abrázame, porque no me verás más. »

Protesté, naturalmente, contra esas palabras, le abracé cariñosamente, pues le quería mucho, y volví al colegio, donde continué mis estudios y mis juegos.

En la noche del jueves de aquella misma semana dormía yo profundamente cuando soñé que estaba en Courbevoie, donde mi padre y mi madrastra estaban pasando el verano con mi tío.

En la gran habitación del primer piso, que da al jardín, mi tío estaba acostado en su cama de cortinas rojas y á su lado estaba mi padre y mi madrastra. Cerca de la cama estaba arrodillada y rezando una antigua criada bretona, Luisa, que estaba á nuestro servicio hacía mucho tiempo.

Mi tío hablaba sucesivamente con todos los presentes y

hacía á mi padre recomendaciones sobre mi hermana y sobre mí, que yo oía muy distintamente y podría repetir, pues aquella visión me impresionó tanto que la tengo aún muy presente, pero no tendrían interés alguno para los lectores.

Dió una bolsa con dinero á Luisa. « Tome usted, le dijo, por haberme cuidado como una hermana de la Caridad. »

Y parece que oigo todavía los sollozos de la pobre mujer.

Se produjo un largo silencio, que Luisa rompió diciendo :

« Señor, hace tres meses que no puede usted abrir el ojo derecho. Póngase usted en él esta medalla de la virgen de Auray y verá como le abre. »

Mi tío sonrió, cogió la medalla, la puso en los párpados y casi en seguida sus ojos se abrieron y permanecieron abiertos unos minutos.

Era mi tío muy creyente, y dijo : « Siento que no pasaré la noche. Luisa, vaya usted á buscar un sacerdote. »

Llegó el cura, se le dejó á solas con el enfermo y yo asistí á la confesión, *pero no oí ni una sola palabra.*

El sacerdote salió. Todos entraron de nuevo y pronto empezó la agonía de la que *vi* todos los horribles detalles.

Mi querido tío exhaló un largo suspiro.

Estaba muerto...

Cuando me desperté el reloj del colegio estaba dando las dos de la madrugada y tenía yo los ojos llenos de lágrimas.

« Hay que tomar los sueños al contrario, pensé; he soñado que mi tío estaba muerto y eso quiere decir que está bueno. »

El domingo por la mañana, un antiguo amigo de mi familia, Mr. Vigneau, padre del autor de *Orfa*, fué á buscarme y me dió la triste noticia. Cuando llegué á Courbevoie mi padre me transmitió las últimas recomendaciones de mi tío y eran las mismas que yo había *oído*. Muy extrañado, dije á mi padre : « ¿No ha dicho mi tío tal y tal cosa ?

— Sí.

— ¿No ha pasado esto en sus últimos momentos? »

Y conté todo lo que había *visto* y *oído*.

Todo era de una exactitud absoluta.

« ¿Pero cómo sabes todo eso? preguntó mi padre.

— Lo he soñado. Pero dime : ¿á qué hora ha muerto mi tío?

— Á las dos en punto.

— Eso es, contesté. Á esa hora me desperté de mi sueño. »

La acción inconsciente del cerebro no explica esta especie de sueños, como no explica los del capítulo precedente.

Parece como que el espíritu del durmiente se ha transportado ó ha visto á distancia lo que pasaba en el cuarto de su tío moribundo. En otro sueño, M. Conil ha visto el Havre antes de ir á esta ciudad y después ha *reconocido* perfectamente los muelles y las calles cuando fué por primera vez.

He aquí otros ejemplos del mismo orden tomados de mi información :

II. — 1°. Varias veces, en mi vida de treinta y ocho años de sacerdocio, he sido impulsado instintivamente hacia el lecho de un moribundo sin saber siquiera que estuviese enfermo. Si no temiese cansar á usted, dado el gran número de cartas que debe recibir, le contaría todos estos casos. Le referiré tan sólo uno.

Una noche, á la una de la madrugada, me desperté de repente al ver en su cama, moribundo, á uno de mis feligreses, que me llamaba á grandes voces. En cinco minutos me vestí y, con una linterna en la mano, me dirigí á la casa del enfermo. En el camino me encontré á un emisario que venía corriendo á buscarme.

Cuando llegué, el moribundo había ya perdido el conocimiento á consecuencia de un ataque de apoplejía. No tuve tiempo más que para recitar la fórmula de la absolución y murió.

Aquel hombre, muy fuerte y robusto, se había acostado á las nueve de la noche en las mejores condiciones.

BOUIN,
Cura de Couze (Dordogne).

III. — Tenía yo unos buenos amigos, granjeros en Chevennes, á los que no había visto hacía mucho tiempo. Una noche tuve una pesadilla espantosa. Soñé que su granja se quemaba y que yo hacía esfuerzos desesperados para ir á pedir socorro, pero me encontraba imposibilitado para todo porque mi voz no salía de la garganta y mis pies permanecían pegados al suelo. Vi así el fuego comunicarse á varios edificios y, por fin en un momento de hundimiento general, hice un esfuerzo violento para escapar á los escombros y me desperté con la garganta seca y los miembros doloridos. Salté de la cama y en este momento se despertó mi mujer, la cual se rió de mí al verme tan alarmado.

El día siguiente recibí un propio para anunciarme que una parte de la granja había sido destruída por un incendio.

GEORGES PARENT,
Alcalde de Wiège-Faty (Aisne).

IV. — Mi padre, Palmero, ingeniero de caminos y canales, natural de Tolón, después de haber pasado veinte años en la Reunión, donde se casó y tuvo cinco hijos, se retiró y fué á establecerse en su pueblo natal, en 1867.

Mi madre, que pertenecía á una de las más nobles familias de la Reunión, dejó su país con pena porque dejaba en él á sus padres en mala situación de fortuna.

Los primeros años que pasaron en Francia, donde todo les era desconocido, fueron tan penosos para ella como para mi padre, el cual, de corazón bondadoso, formó la secreta resolución de hacer venir á sus suegros con nosotros.

Se guardó bien de informar á su mujer, la cual, á pesar de su cariño á sus padres, se hubiera opuesto á una deter-

minación tan costosa y cuyas consecuencias podían ser deplorables para una familia de siete personas atenidas á la jubilación de mi padre.

Mi madre ignoraba, pues, la determinación de mi padre y aunque la hubiera sabido no hubiera creído en ella. Mis abuelos, de edad muy avanzada, vivían en la Reunión, rodeados de sus otros hijos y con los cuidados y satisfacciones que procura una existencia honrada y tranquila.

Nada hacía, por tanto, suponer que aceptarían, como lo hicieron, la proposición de su yerno.

Dejándolo todo, vendiendo los pocos muebles que les quedaban é impulsados por esa fuerza desconocida que se llama el destino, aquellos viejos tomaron el primer vapor para Francia, sin escribir y sin telegrafiar, pues no había en aquella época comunicación entre la isla Borbón y la metrópoli.

Estábamos, pues, sin noticias, cuando una noche de mayo de 1872, mi madre se despertó sobresaltada y dijo á mi padre : « ¡Levantémonos todos, pues acabo de ver á papá y á mamá que pasaban embarcados por delante de Tolón y apenas tenemos tiempo para prepararles su cuarto ! »

Mi padre, que no creía haber sido tan persuasivo en su carta ni podía suponer que pocos días después de recibida hubiese salido un vapor de la Reunión, se echó á reir y aconsejó á mi madre que se volviese á acostar y dejase dormir á los niños.

Pasada la primera emoción, mi madre siguió el consejo y se acostó, no sin repetir *que estaba segura de haber visto á sus padres embarcados delante de Tolón.*

Por la mañana recibimos un telegrama de Marsella anunciándonos la llegada de mis abuelos en un barco de las Mensajerías Marítimas.

Cuando mi madre contó á su padre la visión de la noche anterior, él contó que cansados del viaje y á punto ya de volver á ver á su querida hija, en un impulso del corazón sus ojos sondaron la obscuridad y sus manos se dirigieron

hacia la tierra, pensando : « Allí está nuestra hija, á la que vamos á abrazar dentro de unas horas. » Estaban á la vista de Tolón.

Mi abuela, de mucha edad, vive conmigo y cuando le recuerdo su llegada á Francia brillan sus ojos y comprendo que su fluído atravesara la distancia para ir á impresionar el cerebro de la hija por cuyo cariño lo habían dejado todo, á la edad en que un viaje asusta y desorienta.

PALMERO,
Empleado de Correos, Marsella.

V. — Estando mi padre en el colegio á 60 kilómetros de su casa, se despertó una noche sobresaltado por la idea dolorosa y repentina de que su madre se moría. ¿Fué un sueño?

No pudo volverse á dormir hasta el alba y en cuanto amaneció fué á pedir permiso al director del colegio para irse á su casa. El director se le negó. Una carta de su padre le hizo saber después que aquella noche, *á la misma hora*, su madre había recibido los sacramentos, próxima á morir, y había hablado de él repetidas veces. Pero después de haber estado á la muerte, vivió aún largo tiempo.

BERNARD VANDENHOUGEN,
Mantes.

VI. — Hace algunos años habitaba yo una propiedad á pocos kilómetros de Papeete, centro de nuestros establecimientos franceses en Oceanía. Tuve una vez necesidad de ir á una sesión de noche del Consejo general y á eso de las doce, al salir de la población, en una pequeña *charrette* inglesa, me sorprendió una tempestad espantosa.

Los faroles del coche se apagaron ; el camino que yo seguía, á orilla del mar, estaba enteramente obscuro y mi caballo, asustado, se encabritó. De pronto sentí un choque violento ; el coche acababa de precipitarse contra un árbol. Las dos

ruedas se quedaron con su eje en el sitio del choque, y yo, proyectado al hueco que quedaba entre el caballo y el cuarto delantero del carruaje, fuí arrastrado por el animal enloquecido en una carrera durante la cual debí matarme cien veces.

No perdí, sin embargo, la sangre fría y conseguí calmar al caballo y bajarme del resto de coche sobre el cual me encontraba. Pedí socorro por instinto en aquel país absolutamente desierto, cuando de repente vi una luz que parecía dirigirse hacia mí y á poco apareció mi mujer que había recorrido cerca de dos kilómetros para venir en derechura al treatro del accidente.

Estando dormida, se había despertado *viendo claramente que yo me encontraba en peligro de muerte*, y sin vacilar había encendido una linterna y corrido á mi socorro bajo una lluvia torrencial.

Con mucha frecuencia volvía yo á casa de noche y nunca mi mujer había experimentado la menor inquietud por mí. Aquella noche vió lo que me sucedía y no pudo resistir á la necesidad imperiosa de salir á mi encuentro.

No recuerdo que en aquel momento dirigiera yo una ardiente llamada mental hacia ella, y confieso que me quedé atónito cuando á más de cien metros oí una voz que me decía en la obscuridad :

« Sé que estás herido; aquí vengo. »

JULES TEXIER,
Chatellerault.

VII. — Vivía yo en Cette, con mi mujer, mi suegra y mis dos hijas, en una casita situada en la vertiente de la montaña, é iba todos los días á la ciudad en un coche de alquiler que venía á buscarme á las ocho y media de la mañana.

En una ocasión me desperté á las cinco y media después de un sueño horrible. Había visto *caer de una ventana una joven* y matarse en el acto. Cuando mi familia se levantó, á las siete, les conté mi sueño y todos se emocionaron. Bajé

al jardín esperando al coche, que debía venir á buscarme como de costumbre, pero no llegó hasta las nueve y media. Me enfadé por aquel retraso que me perjudicaba para mis negocios, pero el cochero me dijo que había reemplazado á su amo que era el que de ordinario venía á recogerme, porque una hija de éste *se había caido por una ventana*, á las cinco de la mañana, y se había matado.

Yo no conocía á aquella joven.

MARTIN HALLE,
19, rue Clément-Marot, Paris.

VIII. — Hace seis años tuve mi segundo hijo al que mi madre se llevó consigo, visto mi mal estado de salud, para que le criaran en su casa. Estuve enferma y después convaleciente, y excusado es decir que al levantarme mi pensamiento iba continuamente hacia el pequeño ser que me habían arrebatado tan pronto y al que apenas había visto.

Teníamos frecuentes y muy satisfactorias noticias suyas y estábamos absolutamente tranquilos respecto de él. Una mañana me desperté con una opresión singular; había visto en sueños á mi hijo *jorobado*. Se lo dije llorando á mi marido y él se rió de mí; pero apenas levantada escribí á mi madre contándole el sueño y pidiendo que nos escribiera hablándonos largamente del niño. Nos respondió con mil elogios de mi hijo, una criatura magnífica. La abuela estaba orgullosa de su nieto.

Poco tiempo después, mi madre, que no había vuelto á mi casa desde el parto, vino á vernos y nos reveló en la intimidad que mi carta la había puesto mala de sorpresa pues, en efecto, al recibirla *mi hijo estaba jorobado*. Se había presentado ese defecto de un modo transitorio, pero el médico había dicho que no era nada y unos cuantos *massages* hábilmente aplicados habían corregido en quince días aquella imperfección. Mi carta había llegado en el momento en que mi madre, alarmada, había consultado al mé-

dico, que la tranquilizó y dijo que no me alarmara inútilmente.

MARIE DUCHEIN,
París.

IX. — En el mes de octubre de 1896 estaba yo en casa de una amiga y teniendo que alojar soldados á causa de la revista del emperador de Rusia, el cocinero cogió por error un cubierto de la casa en el momento de marcharse y le empaquetó con los suyos.

En cuanto se marcharon, se observó la desaparición del cubierto.

Mi amiga escribió en seguida y dos días después, al despertarse, me dijo :

« María, he soñado que recibiría hoy el cubierto y al mismo tiempo una carta. Pero lo más curioso es que el papel de la carta es *rosa, cubierto enteramente de escritura*, y el sobre blanco. »

Esperamos con impaciencia al cartero, el cual nos trajo, en efecto, el cubierto y la carta con sobre blanco, papel rosa y *las cuatro páginas escritas*.

¿Cómo se explica que mi amiga viese todo esto en un sueño?

MARIE BOUVRY,
Brimont.

X.— Tengo un hermano, hoy de 29 años, que en 1889 se fué á Santiago de Chile. Tenía mi hermano la costumbre de enviarnos noticias suyas con toda regularidad. Al recibirse una carta suya en 1892 (no recuerdo exactamente la fecha), mi madre nos dijo que había visto en sueños que llevaban á mi hermano *al hospital en una camilla*. Las cartas tardaban unos treinta y cinco días en llegar de Santiago á Francia. Después de cinco meses sin noticias, tuvimos por fin una carta en la que mi hermano nos decía que acababa de salir del hospital, donde había estado enfermo cinco meses con una fiebre tifoidea y una pleuresía.

MARIE VIALLA,
30, rue Victor-Hugo, Lyon.

XI. — Un tío de mi cuñada, que vive aún y estaba entonces en el campo, á unos 60 kilómetros de Bayona, soñó una noche que un amigo suyo íntimo, M. Raush, era asesinado en el paseo del mar, en Bayona, al volver á su casa.

El día siguiente por la mañana, M. Bouin, el tío de mi cuñada, contó su sueño sin darle importancia, pero poco después tuvo noticia de que unos españoles habían asesinado á su amigo en el paseo del mar de Bayona, en la noche de su sueño.

Firmo estas líneas que son la expresión de la verdad, pero agradeceré á usted que no publique mi nombre.

G. F.
Bordeaux.

XII. — En 1872 ó 1873, mi madre, entónces soltera, vivía con la suya en la calle de Tonnelles, y conocía á una pobre familia, llamada Morange, que habitaba en la calle de San Antonio, cerca del liceo Carlomagno. Un sábado por la tarde encontró á aquella familia y la hija, que la quería mucho, le enseñó un traje nuevo estrenado aquel día.

El día siguiente, al despertar, mi madre contó á la suya que *había soñado que la familia Morange entera había muerto*.

En el día se supo que todos ellos habían perecido en el incendio de su casa.

MARCEL GERSCHEL,
París, 80, faubourg Saint-Denis.

XIII. — Puedo afirmar á usted un hecho absolutamente auténtico que sucedió hace unos años.

Una noche vi en sueños á dos señoras conocidas, *que iban de luto*, aunque yo no tenía la menor idea de que alguien de su familia hubiese muerto. Pregunté y supe que llevaban luto por la muerte de un caballero hermano de la una y marido de la otra.

Días después supe que el fallecimiento se había efectuado

en la misma noche de mi sueño, en Moscou. Las dos señoras estaban en Alemania y yo en Mitau (Rusia).

SOPHIE HERRENBERG,
Mitau.

XIV. — Hace treinta años mi familia vivía en Marsella. Una mañana, mi padre nos dijo haber soñado que su madre, que vivía en Alsacia y no estaba enferma, había muerto.

Días después supo que, en efecto, su madre murió en aquella noche.

N. NISCHE,
Châlons-sur-Marne.

XV. — A. Siendo joven, asistí en sueños al robo de un caballo de mi marido por dos individuos y á todas las precauciones que tomaron para sacarle de la cuadra sin ruido. Al despertar conté á mi marido mi sueño y él se fué á la cuadra, que estaba, en efecto, vacía. Tres años después los ladrones fueron cogidos y el caballo pagado.

B. Una noche vi en sueños á un amigo de mi marido, que estaba en un panteón, rodeado por mi madre y mis hermanos muertos y hacia los ¡cuales aquel señor tenía una viva simpatía. Estaba envuelto en un largo sudario blanco y se llegó á mí para hacerme un gran saludo, después de lo cua desapareció, así como mis parientes. Unos días después murió mi marido.

Si usted cree que debe consignar estos hechos, tenga la bondad de no nombrarme.

VIUDA C. F.

XVII. — El 13 ó el 14 de octubre de 1898, acababa de dejar á Mme G..., en cuya casa había pasado unos días, y me había venido aquí. En la noche siguiente esa señora vió en sueños un naufragio con gran cantidad de ahogados. Al despertarse, persuadida por otros ejemplos de que tenía una

especie de doble vista, quiso telegrafiarme para aconsejarme que no partiera, pero su marido se lo impidió.

El 13 de octubre los periódicos anunciaron una gran tempestad y la pérdida de un navío en la que perecieron más de cien personas. Por fortuna para mí, aquel barco no fué el mío.

P. P.
Doctor en Derecho, Philippeville.

XVIII. — Mme B... habitaba hace años en una quinta, cerca de la ciudad de Yokohama, y tenía la costumbre de echarse á dormir una hora antes de comer. Una tarde no sé si estando dormida ó dormitando, exclamó de repente : « ¡ Oh ! Dios mío, M. N... se ahoga... ¡ Salvadle ! ¡ Salvadle !... ¡ Ah ! Ya ha muerto. » Aquella señora *lo había visto distintamente*. Su marido trató de tranquilizarla de lo que él creía un sueño, pero poco tiempo después un mensajero fué á anunciarles que su amigo M. N... se había ahogado bañándose en el río antes de ir á comer con ellos. La intención de comer en casa de los de B... explica fácilmente que pensara en ellos en el baño. La hora del accidente y la del « sueño » de Mme B... coinciden exactamente.

F. E. BADE,
Hambourg.

XIX. — En los primeros días de abril de 1884, soñé que mi marido, enfermo, me decía : « Ven á abrazarme ». Mi marido y yo estábamos separados hacía mucho tiempo. En esa época se verificaba la exposición de Niza. El 11 de abril, viernes santo, una voz me dijo : « Ve hoy á la exposición ó no le verás más ». En la noche del 12 llegó un telegrama : mi marido tenía una congestión. El 13 me fuí á París y vi á mi marido en el Val-de-Grâce, *tal como le había visto en mi sueño*. El 15 murió sin recobrar el conocimiento.

Deseo guardar el incógnito. Ruégole no consigne más que mis iniciales.

VIUDA A. S.,
Nice.

XX. — Deseo participar á usted un sueño que tuve hace unos seis años y que me impresionó fuertemente, aunque no soy supersticiosa.

En aquella época era yo institutriz en un colegio del departamento del Aisne. Una noche iba por la calle de la ciudad, cuando al levantar la vista, vi en el cielo, muy claro, en dirección nordeste, una gran cruz negra, debajo de la cual se veían dos letras dispuestas de este modo : M † M.

Por la mañana conté mi sueño y busqué en vano si alguien de mi familia tenía aquellas letras como iniciales. No recordé á nadie y pensé en otra cosa. Días después (no recuerdo bien cuál) recibí una carta anunciándome que una tía mía que habitaba en una aldea al nordeste de nuestra ciudad y se llamaba Margarita Marconnet, acababa de morir. La coincidencia entre mi sueño y aquella muerte era tan extraña, que nunca pude olvidarla. Lo más raro es que no veía á mi tía más que muy de tarde en tarde y casi nunca pensaba en ella.

L. Marconnet,
Montbéliard.

XXI. — Hace algunos años leí en un periódico mensual inglés que un amigo de sir John Franklin vió en sueños que éste fracasaba en su expedición ártica y toda la región en que ocurrió la desgracia.

Walter Snoo, que así creo que se llamaba aquel amigo, era buen dibujante y en cuanto se despertó cogió un lápiz y dibujó las lanchas, los témpanos que las rodeaban y, en una palabra, la región entera. Envió aquel dibujo á un amigo suyo, propietario de un gran periódico ilustrado americano, y éste le publicó con una corta mención de las impresiones de Walter Snoo, sin que, naturalmente, hubiera entonces medio de comprobar su exactitud.

Cuando, mucho tiempo después, se encontraron los restos de Franklin y de sus compañeros en los hielos árticos, los testigos dibujaron también el sitio y la posición de los

cuerpos helados, de las lanchas, de los perros enganchados y muertos, etc., y todo concordaba con el dibujo.

No recuerdo el nombre del periódico americano ni el del inglés, pero á usted le será fácil, sin duda, comprobar la exactitud de esta carta por medio de sus relaciones con el mundo entero.

Doctor Bronislaw Galecki.
Abogado, plaza de la Catedral, Farnow (Austria).

XXII. — Puedo certificar la autenticidad absoluta de los hechos siguientes :

Tenía yo siete años y mi madre, que nunca había querido separarse de mí, accedió un día, sin embargo, al deseo de una de mis tías y me dejó ir con ella á su provincia, después de mil recomendaciones.

Había transcurrido un mes sin incidente alguno, cuando una mañana mi madre fué á visitar con mucha prisa á mi tío y le dijo :

« Ruego á usted que escriba en seguida á mi hermana pidiéndole noticias de mi hija, pues estoy en una mortal inquietud. ¡ La he visto esta noche en sueños cubierta de sangre y tendida sin vida en un camino ! Tengo el presentimiento de que le ha ocurrido una desgracia y sabe usted que en estos asuntos no me engaño jamás. »

Mi tío tomó en broma los temores de mi madre y le dijo que su mujer era bastante prudente para no exponerme á peligros semejantes. Pero el día siguiente recibió una carta, fechada la víspera, en la cual su mujer le contaba, con prohibición de decírmelo, el accidente que me había ocurrido.

En la misma noche del sueño de mi madre, mi tía me llevó en coche con otras tres personas. La noche estaba obscura, el farol se había apagado y nos hallábamos en pleno despoblado, cuando de repente se encabritó el caballo, se arrojó contra un terraplén que bordeaba el camino y dejó caer á todas las personas que iban en el coche, por fortuna ilesas. Yo, solamente, que iba dormida, fuí á parar debajo

del caballo, que me hirió con las patas en la cara y en el pecho.

La sangre corría en abundancia de mi oreja herida, mientras yo oía las llamadas desesperadas de mi tía, que no me veía en la obscuridad. Por fin llegaron socorros de una casa cercana y me encontraron desmayada y en un estado deplorable. Un hombre en mangas de camisa había pasado por delante del caballo y le había espantado.

G. D.,

58, Avenue de Saxe, París.

XXIII. — Una mañana, teniendo yo diez y siete años, soñé, que pasaba por delante de la casa de una familia que yo conocía, pero que no frecuentaba. La casa tenía un almacén y vi la puerta cerrada y un papel pegado en el que se leía : « Fallecimiento ». Me desperté, conté á mi madre el sueño y ella me enseñó un periódico en el que venía anunciada aquella muerte.

¿No prueba esta coincidencia cierto cambio de lugar del alma durante el sueño, sin lo cual no hubiera yo podido soñar tal cosa, puesto que nada me hacía pensar en un fallecimiento en aquella familia?

Marie-Louise Milice,

33, rue Boudet, Bordeaux.

XXIV. — Una amiga mía, que es ahora empleada de correos en Louvigné-du-Dezert (Ille-et-Vilaine), Mlle Blanca Suzanne, era novia, hace veinticinco años, de un joven, hijo de labradores, que se dedicó á la enseñanza. Un día soñó mi amiga que su prometido le había escrito una larga carta en la que figuraba la frase siguiente :

« Mejor hubiera hecho de permanecer con el arado que entrar en la enseñanza. »

Por la mañana, la joven contó el sueño á su madre citándole la frase, y se fué á su trabajo. Pocas horas después el

cartero les entregó una carta del novio, *en la que se leía íntegramente* la frase soñada.

Henriette François.

Bromberg-Posen (Alemania).

XXV. — He aquí lo que le sucedió á mi padre, consejero de Estado y septuagenario, estando en el campo, donde fué á descansar unos días. Era la fiesta de san Elías, pero en el campo, donde no hay distracciones y todos los días son iguales, mi padre había perdido la noción del tiempo y no sabía en qué día estaba. Mientras tomaba aquella mañana el desayuno, nos contó que la noche anterior había soñado que veía á su cuñada y que ésta preguntaba si las exequias de su marido debían verificarse el día de san Elías ú otro. Al contarnos su sueño, mi padre se quedó muy asombrado al saber que era san Elías. Después de haber discurrido sobre la extrañeza de los sueños en general, mi padre se fué á la ciudad prometiendo volver en el día. Cuál fué nuestra sorpresa cuando recibimos un telegrama de su cuñada participándonos la muerte de su marido, ocurrida el día de san Elías.

Marie de Lesley,

Riga-Orel, Smolensk (Rusia).

XXVI. — Tenía yo una hija de quince años, que era mi alegría y mi orgullo, y la había dejado con mi madre mientras yo hacía un pequeño viaje, del que debía volver el 17 de mayo de 1894. El 16 soñé que mi hija estaba muy mala y que me llamaba llorando, y me desperté muy agitada, aunque pensando que los sueños son siempre mentiras. En aquel día recibí una carta de mi hija, sin quejarse de nada y contándome lo que pasaba en casa. El día siguiente llegué y no vi á mi hija salir á mi encuentro según su costumbre. Una criada me dijo que se había puesto enferma repentinamente ; subí y la encontré con mucho dolor de cabeza. La hice acostarse y ya no se levantó más. Pocos días después

se le declaró una angina maligna y á pesar de mis cuidados murió el 29 de mayo. Ahora bien, dos días antes de la desgracia, estaba yo en la cama en una habitación contigua á la de mi hija, y tenía los ojos cerrados aunque sin dormir. La enfermera velaba y mi hija estaba medio dormida. De repente una gran claridad inundó el cuarto con la rapidez y el brillo del sol de mediodía en el mes de agosto. Llamé á la enfermera, que tardó en responderme, y me precipité al cuarto de mi hija. El fulgor extraño había desaparecido y la lámpara se había apagado. La enfermera parecía transida de espanto y la interrogué en vano, pero después dijo á las personas de la casa, y afirma todavía actualmente, que había visto á mi marido, muerto seis meses antes, á los pies de la cama de mi hija.

Esa mujer vive, tiene cuarenta y seis años, y repite el hecho á quien quiere oirlo.

MADAME R. DE L...
Lacapelle.

XXVII. — A. Uno de estos días estaba yo muy nerviosa pensando en mi difunto marido, muerto hace siete años, y al meterme en la cama leí en un periódico una crítica sobre uno de los libros de M. K...

Después de leer la crítica, sentí un ardiente deseo de tener aquel libro, cuyo autor, M. K... era amigo de mi marido.

Por la mañana, al llegar al colegio de niñas del que soy profesora, una alumna de la clase superior me trajo un libro y me dijo : « Señora, quisiera que leyese usted este libro y me diese su opinión ». Abrí el libro y vi que era el mismo que tanto había deseado la noche anterior.

B. Si ese hecho hubiera sido único, acaso le hubiera pasado en silencio, pero en la misma semana me sucedió otro que también me chocó mucho. Soñé con una discípula que se había marchado á otro pueblo y á la que no veía hacía mucho tiempo, y la vi en sueños con el cabello cortado.

Por la mañana, estando en el gimnasio, una discípula se

acercó á mí y me dijo : « Señora, he recibido carta de mi amiga Z... y me ruega que salude á usted. Está muy contrariada porque le han cortado el cabello... »

¿Por qué esos dos hechos tan raros en la misma semana?

M. ONANOFF,
Faganray, mar de Azov.

Se ve que no faltan los ejemplos de vista á distancia, en sueños. Á continuación damos otros aún. Nos parece que esas observaciones tan numerosas hacen imposible toda negación. Estos son precedentes de las *Hallucinations télépathiques*. El primero es del doctor Goadall Janes, que vive en Liverpool, *Principe Edwin street*, número 6.

XXIX. — Mme Jones, mujer de William Jones, piloto en Liverpool, se estuvo en la cama el sábado 27 de febrero de 1869. Cuando fuí á su casa el día siguiente, domingo, á las tres de la tarde, encontré en el camino á su marido que venía á buscarme porque su mujer deliraba. Me contó entonces que media hora antes estaba leyendo en el cuarto de su mujer, cuando ésta se despertó de un profundo sueño diciendo que su hermano William Roulands, también piloto en Liverpool, se había ahogado en el río Mersey. El marido trató de calmarla diciéndole que Roulands estaba en la estación del exterior y no podía estar en el río á aquella hora, pero ella insistió y dijo que le había visto ahogarse.

Por la noche se recibió la noticia de que á la hora mencionada, ó sea á las dos y media de la tarde, Roulands se había ahogado. Se había presentado un huracán en el mar y en este momento tuvo que conducir un barco que quería entrar en el puerto. Cuando estaban en el río, enfrente del faro, el barco naufragó y Roulands y otro piloto se ahogaron.

Este es también un ejemplo elocuente de vista á distancia, en sueños. La información ha probado su autenticidad absoluta. Lo mismo sucede con el caso siguiente, observado por una señora Green, de Newry (Inglaterra):

XXX. — Soñé una vez que veía dos mujeres decentemente vestidas que guiaban ellas mismas un coche parecido á los que sirven para transportar aguas minerales. El caballo encontró agua delante de él y se detuvo á beber, pero perdió el equilibrio y cayó al agua. Las mujeres se levantaron pidiendo socorro, sus sombreros cayeron y todo se hundió en el agua. Yo me volví llorando al ver que no había nadie para socorrerlas.

En esto me desperté muy agitada y desperté á mi marido, al que conté mi sueño y me preguntó si conocía á aquellas mujeres. Le respondí que no creía haberlas visto en mi vida. Durante todo el día no logré sustraerme á la impresión del sueño ni á la inquietud que me había producido.

Hice observar á mi hijo que aquel día era mi cumpleaños y también el suyo y por eso recuerdo exactamente la fecha, 10 de febrero.

En el mes de marzo recibí una carta y un periódico de mi hermano, que estaba en Australia, y me participaba la pena que había tenido de perder á su hija, que se ahogó con una amiga á la misma hora de mi sueño y en el mismo día, teniendo en cuenta la diferencia de longitudes.

El periódico *Inglewood Advertiser* da cuenta del accidente.

En efecto, el periódico *Inglewood Advertiser* relata, el 11 de enero de 1878, todos los detalles de esa desgracia, que corresponden exactamente con lo visto en sueños.

He aquí todavía un caso muy notable de vista á distancia en sueños. El sujeto es un hijo del antiguo obispo protestante de Iowa (Estados Unidos), y vió en sueños, á una distancia de cinco kilómetros, á su padre que se cayó por una escalera. Véase la relación que escribió á un pariente suyo:

XXXI. — Debo decir ante todo que entre mi padre y yo existía un cariño más grande que el que une ordinariamente á un padre y á un hijo, y hacía muchos años que me parecía conocer cuándo él estaba en peligro aunque estuviésemos separados por una gran distancia.

La noche en que se cayó por la escalera había yo vuelto de mi trabajo á eso de las ocho, después de un día de mucha fatiga, y me acosté inmediatamente después de cenar. Tengo la costumbre de acostarme del lado de la pared, de modo que resulto en el oeste de la cama, estando la cabeza hacia el norte. En cuanto caí en la almohada, me dormí profundamente, de tal modo que no vi á mi mujer acostarse ni vi nada hasta el momento en que se me apareció mi padre cayéndose por la escalera. Me precipité entonces á cogerle y salté de la cama haciendo mucho ruido y mi mujer se despertó también, preguntándome qué diablos hacía. Encendí una lámpara y vi en mi reloj que eran las dos y cuarto. Pregunté á mi mujer si había oído el estrépito y me respondió negativamente. Le conté entonces lo que había soñado y ella trató de hacerme reir, pero no pudo conseguirlo.

No dormí más aquella noche, ni me volví á acostar, pues la impresión había sido demasiado viva para que yo pudiese dudar que mi padre estaba gravemente herido. Me fuí á la ciudad y telegrafié pidiendo noticias. Poco después recibí una carta de mi padre que confirmaba la exactitud de mi visión *y de la hora*. Sabemos el triste resultado de la caída, pero lo que no puedo explicarme es cómo vi á mi padre caer, á una distancia de más de tres millas.

H. M Lee.

M. Sullivan, obispo de Algowa, confirma el hecho por haberlo oído contar directamente.

El ejemplo que precede ha sido publicado por M. Sidgwick, en los *Proceedings* de la Sociedad psíquica de Londres, donde también se publica el caso siguiente, enviado en agosto de 1890, por Mme A. de Holtein, 29, avenida Wagram, París. Este caso no tiene pruebas tan satisfactorias como el primero, porque el sueño no fué referido á nadie antes de que se verificase su exactitud. Parece, sin embargo, que hizo tanta impresión en el doctor Golinski, que no es probable que los detalles fueran muy alterados después. Se diferencia de los precedentes en que, en éste, la impresión parece haber sido debida, no á una relación entre el agente y el sujeto ó á una crisis especial sufrida por el agente, sino á su ansiedad y á su intenso deseo de recibir socorro. (¿ Ondas psíquicas?)

He aquí lo que escribe el doctor Golinski, médico de Krementchug, Rusia :

XXXII. — Tengo la costumbre de comer á las tres y de dormir después una hora ú hora y media. En el mes de julio de 1888, me eché como de costumbre en un canapé, me dormí á eso de las tres y media y soñé que llamaban, y yo sentía la impresión ordinaria, algo desagrable, de tener que levantarme para ir á ver á un enfermo. Después me vi transportado de repente á un cuarto pequeño y sombrío. Á la derecha de la puerta había una cómoda y sobre ella una bujía, ó una lámpara encendida, de forma particular, que me interesó mucho por ser diferente de todas las que había visto hasta entonces. Á la izquierda de la puerta había una cama, en la que estaba una mujer con una fuerte hemorragia. No sé cómo pude saber que tenía una hemorragia, pero estaba seguro. Examiné á la mujer, más bien para tranquilidad de mi conciencia, pues sabía de antemano á qué atenerme aunque nadie me había dicho nada. En seguida soñé de un modo vago con algunos remedios que le apliqué y me desperté de un modo no acostumbrado. De ordinario me despierto lentamente y permanezco unos momentos en un estado de somnolencia, pero aquella vez me desperté de repente como si alguien me hubiese despertado. Eran las cuatro y media.

Me levanté, encendí un cigarrillo y me puse á pasear por el cuarto en un estado de excitación particular, pensando en el sueño que acababa de tener. Hacía mucho tiempo que no había tenido caso alguno de hemorragia en mi clientela, y me preguntaba cuál podía ser la causa de aquel sueño.

Unos diez minutos después de despertarme, vinieron á llamarme para ir á ver á un enfermo, y al entrar en su cuarto me quedé admirado porque reconocí la habitación que había visto en sueños. Se trataba de una mujer y lo que más me chocó fué una bujía de petróleo puesta encima de la cómoda en el mismo sitio y en la misma forma que en el sueño. Mi asombro fué tan grande que confundí el sueño con la realidad y aproximándome á la cama de la enferma, le dije tranquilamente : « Usted tiene una hemorragia », y no volví de mi extrañeza cuando la enferma me respondió : « Sí; pero ¿cómo lo sabe usted? »

Pregunté á la enferma á qué hora había decidido enviarme á buscar y me respondió que estaba indispuesta desde por la mañana. Á eso de la una del día se presentó una ligera hemorragia, pero no le inspiró cuidado. Á las cuatro se hizo muy fuerte y la enferma empezó á inquietarse, porque su marido no estaba en casa y no sabía qué hacer. Por último, á las cuatro y media se decidió á llamarme. La distancia entre mi casa y la suya es de veinte minutos.

No conocía á esta enferma más que por haberla asistido en otro tiempo y no sabía nada de su actual estado de salud.